



Pasión por la vida dominicana. Vida fraterna y misión¹
Capítulo General de Bogotá, 2007

[155.] Damos gracias a Dios por los hermanos que perseveran en fidelidad a través de las alegrías y tristezas de la vida. Mientras recordamos la vida de santo Domingo y dialogamos hemos llegado a comprender la riqueza de nuestra vida fraterna, tal cual aparece en nuestras Constituciones y en las Actas de los Capítulos Generales anteriores, especialmente el de Cracovia (213-259). Hemos decidido ofrecer nuestra reflexión sobre la vida fraterna para que crezca en todos nosotros la pasión por la vida dominicana y para fortalecer la vivencia auténtica de la fraternidad. Creemos que contiene los puntos esenciales para revitalizar nuestra vida comunitaria y esperamos que sea un recurso para la reflexión personal, y para los Capítulos y encuentros de las comunidades. Nuestra oración por todos es que Dios continúe inflamando la pasión por la vida dominicana y la misión de la predicación.

¿Qué cosas cambian nuestra vida?

[156.] Cuenta nuestra tradición que en 1203 dos hombres, el Obispo Diego de Osma y Santo Domingo, iniciaban un viaje inesperado, a petición del rey de Castilla, para llevar a cabo un encargo sencillo que condujo también a lo inesperado. Ese viaje encendió en santo Domingo una pasión inapagable: la predicación y la fundación de la Orden de Predicadores.

[157.] En una noche de ese viaje una nueva conciencia despuntó en la mente y el corazón de Domingo. Habiendo llegado a un hospedaje para pasar la noche, Domingo entró en conversación con el hospedero que creía en la enseñanza de los albigenses y había formado su vida de acuerdo con ella. Entraron en diálogo y pasaron la noche compartiendo cada uno lo que creía y cuáles eran sus vivencias; en qué puntos coincidían y en qué diferían. Podemos imaginar cómo cada uno aprendió del otro; cómo Domingo, formado por los frutos de su contemplación, llegó a descubrir la bondad del hospedero a través de un diálogo que seguramente fue cargado de pasión porque brotaba de la firme convicción de cada uno de ellos.

[158.] Al recordar este bien conocido evento sentimos el desafío de examinar y reconocer el sentido y la vitalidad de nuestra vida fraterna. Este relato recoge los elementos que son necesarios para una fecunda vida en común: compartir la fe en Cristo; contarnos nuestras historias para entendernos mejor; escucharnos; ser uno consciente de sí mismo y ver la perspectiva del otro; apertura al cambio.

[159.] Hay que destacar en ese relato que tanto Domingo como su hospedero fueron transformados. El hospedero volvió a la plenitud de fe en Jesucristo. Domingo nunca volvió a Osma a recomenzar su vida como canónigo regular y superior. Al contrario, transformado por ese encuentro, se unió a una misión de predicación en la que se le conoció como el hermano Domingo. Este fue uno de los muchos eventos que cambiaron su vida; otros son: lo sucedido en Fanjeaux, la reunión de las primeras mujeres que conformaron una comunidad contemplativa, y la fundación de una Orden.

[160.] Hay señales distintivas que marcaron los orígenes de nuestra Orden. Una cosa es cierta: Santo Domingo tenía pasión por Dios, que lo llamaba a algo nuevo y desafiante. Esta pasión hizo que él tomara resueltamente una nueva orientación, junto a otras personas. Él previó que los frutos de la sagrada predicación llegarían si los frailes vivían gozosamente en unión de espíritus y de corazones, siempre dispuestos a ponerse en camino por el Evangelio y por sus hermanas y hermanos. Dios sigue llamándonos hacia la novedad y los desafíos de la vida fraterna que abrazamos con pasión y con gozo.

1. Vida común y misión: Pasión por la Colaboración

[161.] Un capítulo refleja la naturaleza comunitaria de la Orden. Como dice la *Relatio* del Maestro (92): “La práctica de la vida común prepara e impulsa la predicación y, a su vez, es informada y fecundada por ella (LCO 1, § IV)”. Así pues, el eje de la vida dominicana y el humus del que brota es la comunidad. La tradición dominicana confirma la importancia y necesidad de la comunidad que está detrás de la misión de la predicación: “En la Orden la práctica de la vida común se considera esencial para sustentar la predicación, no sólo para apoyar la vida personal del fraile. Una vida común de calidad sustenta y hace creíble la misión de la comunidad” (Relatio MO 89). Consideramos ahora algunos aspectos relevantes para un fecundo equilibrio entre la misión y la vida en común.

A. Pertenencia y misión

[162.] Santo Domingo experimentó en el sur de Francia, al inicio de su vida apostólica, lo difícil y poco fructífera que era la predicación realizada sin la ayuda de una comunidad. Nuestras comunidades están formadas por distintas personas, culturas, intereses, sueños y esperanzas, pero hay algo que nos hace a todos iguales: hemos sido convocados y hemos hecho una opción por seguir a Jesucristo, según el carisma de Santo Domingo. Desde ese momento, somos una comunidad de hermanos que puede decir: “ésta es nuestra comunidad”, “éste es nuestro Vicariato”, “ésta es nuestra Provincia” y “ésta es nuestra Orden”. Nuestra identidad está en una clara pertenencia que sentimos como un don maravilloso. La comunidad vive en función de la misión, siempre en movimiento y en la búsqueda del otro. Su razón de ser es encontrar al otro en su situación concreta, para dialogar sobre Dios y su Reino. Si pierde este ritmo, deja de ser ella misma y no será testimonial. Es necesario entonces que la comunidad, animada por el prior, y a través de los capítulos y coloquios conventuales, se dinamice por la vida común plena y el compromiso por el anuncio del Reino de Dios.

B. Proyecto comunitario

[164.] En numerosas ocasiones nos preguntamos: “¿cómo mantener la tensión entre vida fraterna y misión?”. Un instrumento para hacer de esta tensión algo positivo es el proyecto comunitario. Un proyecto de todos, para que sea la comunidad quien predique y dé testimonio (cf. LCO 311). Este proyecto, más que una programación de horarios y tareas, es un medio que potencia nuestras relaciones, la comunicación sincera y el compromiso de todos en la misión. Sigue siendo muy necesario que cada comunidad elabore y evalúe anualmente su proyecto comunitario, como cauce necesario para mejorar la vida común. Además de incluir el trabajo pastoral, la liturgia comunitaria y la organización económica, debe recoger los objetivos y medios que la comunidad se propone a sí misma para ser lugar de aprendizaje, encuentro, celebración y casa de predicación. También el proyecto comunitario debe integrar las prioridades del proyecto provincial y de la Orden. Las visitas canónicas son la ocasión adecuada para la revisión de la comunidad según este proyecto que ella misma ha elaborado.

C. Cooperadores en la misión

[165.] En la misión toda la comunidad colabora, todos somos corresponsables. [...] Cuando profesamos en la Orden todos nos hacemos hermanos en la vida religiosa. Todos somos cooperadores y, aun teniendo distintos apostolados, todos colaboramos en la misma misión. Así, renovamos el énfasis de que el ministerio de la predicación se confía ante todo a la comunidad entera, y en este ministerio se incluyen diferentes caminos en los cuales los hermanos no ordenados ejercen su participación en la misión de la Orden. Esta realidad no implica dejar de considerar la Orden como 'clerical' (cf. LCO 1, § VI), pero excluye todo clericalismo: hay distintas formas de vivir la vocación dominicana, todas bellas, importantes y que reclaman ser cultivadas. [...]

D. Desafíos

[166.] A menudo las comunidades atienden numerosos trabajos, se ven confrontadas con dificultades y pueden perder el ritmo contemplativo, haciéndose difícil la convivencia. Reflejamos esto cuando decimos: “nos comunicamos con dificultad”, “la comunidad no nos es útil”, “mi comunidad es el grupo tal o cual”, “somos pocos y mayores”, “mi familia me pide atención y ayuda”, “tengo mi trabajo profesional”... También aquí la comunidad tiene que buscar respuestas, creando espacios para el encuentro con Dios y con los hermanos, tales como diálogos para el intercambio sincero de experiencias, momentos de oración para reforzar la comunión y ocasiones para estar juntos compartiendo actividades lúdicas.

[167.] Durante el capítulo hemos escuchado algunos relatos que nos han hablado de hermanos que viven en lugares de guerra, violencia y falta de libertad. Nos ha impresionado cómo estos frailes se apoyan entre sí y permanecen fieles a la misión recibida. Este testimonio nos ha ayudado a superar una visión excesivamente localista. En muchas ocasiones creemos que nuestra concreta situación está llena de graves dificultades y problemas. Cuando abrimos el oído y el corazón a los hermanos que viven en contextos de tanta dificultad, esto nos ayuda a centrarnos en lo esencial y despierta nuestra solidaridad. Hemos sido llamados a entendernos y ayudarnos como hermanos. Con seguridad, de la contemplación nacerán las fuerzas para vencer las dificultades que se presenten. En la Orden cada comunidad está llamada a ser “casa de predicación” porque se vive lo que se predica.